

gobierno de Juarez, reservándose Vd. la facultad de hacer los tratados.

Estaba claro el interes que se habia tenido al provocar aquella conferencia.

Una vez comprendido así por todos, y conociendo yo que ya no podriamos ni intentar otra conversacion preocupados como nos encontrábamnos con aquel asunto, propuse á D. Plácido que nos retiráramos.

Al levantarme me dirijí á Lozada con el fin de estrecharle la mano y éste, como si creyera que iba á atacarle, se fué para atras buscando el rincon para resguardarse las espaldas. Se repuso violentamente ante mi ademan pacífico y me tendió la mano izquierda diciéndome:

—Vaya con Dios, licenciado, ya sabe que soy muy su amigo.

—Mil gracias, general.

—Cuando quiera, viene, nomas me manda avisar con D. Plácido.

—Ya me vendré á despedir de Vd. general, y á ofrecerme nuevamente á sus órdenes.

Entraron los otros jefes, apuramos todos juntos unas copas de mescal de Tequila, salimos de allí, montamos á caballo, y nos pusimos otra vez en marcha para la ciudad de Tepic abandonando de dia la poblacion que llevaba el nombre del Señor de la tierra, llamándose San Luis de Lozada.



CAPITULO XXXI.

UNA SORPRESA.

Llevábamos pocos dias de vivir tranquilamente en Tepic los revolucionarios prófugos del Estado de Sinaloa, entre los cuales se encontraba ya el mismo gobernador y comandante militar en persona coronel Andrés L. Tapia, temeroso de caer en las manos del terrible general Sóstenes Rocha que era el coco de los pronunciados y un coco que hacia poner descoloridos á mas de cuatro en alguna reunion cuando se pronunciaba su nombre; nos procurábamnos pasar una vida lo más confortable que se pudiera mientras venia otra vez la oportunidad de ponernos en campaña y haciamos cuanto dependia de nosotros para procurarnos noticias seguras que nos permitieran normar nuestras futuras acciones, sin que unos dias dejaran de parecerse mucho á otros, cuando en una mañana repentinamente se apareció en mi alojamiento el general D. Manuel Gonzalez acompañado del ingeniero Perez Castro.

Mi sorpresa fué completa porque distaba mucho de figurarme que hubiera tomado este rumbo el general Gonzalez despues del fracaso sufrido por nuestras fuerzas en Oaxaca.

No estoy muy seguro de lo que pasó en aquel rumbo despues de proclamado el plan de la Noria y solo por los resultados puedo asegurar que fué desastroso.

Entiendo que despues del pronunciamiento de la Ciudadela el dia 1.º de Octubre, en que, segun refieren, todavia al dia siguiente se continuó la matanza hasta las doce del dia, fusilándose veinte jefes y oficiales y mas de doscientas personas entre paisanos, clases y tropa, muchos jefes de los que vieron errado el golpe tomaron el rumbo de Oaxaca, contándose entre ellos los que habian militado á las órdenes del general Diaz en la guerra extranjera.

El general D. Manuel Gonzalez de tan levantado espíritu como el general D. Donato Guerra, renunció ante D. Benito Juarez, de quien era amigo personal, la posicion que tenia á su lado, manifestándole que opinaba en contra de su política y que lealmente no podia seguir prestándole servicios á su gobierno.

El general Gonzalez desempeñaba un bonito empleo, que para algunos ha llegado á ser muy lucrativo y que á la vez reporta la confianza del Presidente: era gobernador de Palacio. El gobernador de Palacio, segun saben todos los que viven en México, tiene los hilos de todas las intrigas que se hilvanan en los ministerios y en los salones de la Presidencia; posee el

secreto de todas las entradas y de todas las salidas, estando á sus órdenes cuantas gentes viven de puertas adentro lo mismo que todas las guardias; el gobernador de Palacio tiene facultades de arreglar todas las cosas á su gusto tanto en punto á obras materiales como en cuanto á dictar las leyes que deben obedecer en el interior, de suerte que es el dueño, tanto de la vida de los mas altos magistrados como de parte de la hacienda que está á su cuidado y que puede gastar aun extralimitándose de las partidas del presupuesto.

El general Gonzalez con una caballerosidad, que es una de las páginas mas hermosas de su historia política, manifestó á Juarez que tenia el sentimiento de separarse de su lado para ir á pronunciarse, dejando las grandes comodidades que disfrutaba por ir á correr los azares de una suerte caprichosa que podia ser fatal como lo fué en aquella vez apenas iniciados los primeros combates; pero con cuya conducta obedecia á sus mas gratas aspiraciones que eran encontrarse nuevamente peleando al lado del que habia sido su amigo afectuoso en las horas amargas y su jefe denodado en los momentos del asalto y de la victoria. El general Gonzalez tuvo en esa vez un rasgo de verdadero heroismo.

Llegaba á Tepic despues de las derrotas que sucesivamente sufrió el porfirismo desde Oaxaca hasta cerca de la capital, en donde ya vino á declararse la dispersion de los jefes que habian formado el núcleo más inteligente de la revolución.

El general Diaz como dije ántes, acompañado úni-

camente del general Galván, se embarcó en uno de los puertos del golfo para la Habana; y Terán, Pradillo, Mena, Carrillo, Gonzalez, Bonilla, Peza, Albornoz y tantos otros mas, tomaron para donde pudieron buscando un refugio entre los pequeños grupos que permanecían armados en la República del lado de la revolución.

El general Gonzalez me refirió en aquella vez todos los episodios que siguieron al movimiento de la Noria y lo mismo me los dijeron á su turno los jefes Pradillo y Mena; pero como me he propuesto desde un principio no relatar hechos que no haya presenciado, me conformé con decir que los elementos de Oaxaca terminaron completamente, que la misma casa del caudillo fué ocupada por los sicarios del poder, los cuales destruyeron lo que no quisieron ó no pudieron llevarse. Es decir, el general en jefe fué perseguido hasta en los rincones últimos de su domicilio y en las refriegas que se desenlazaron á consecuencia de los sucesos que tengo referidos, perdió á su hermano D. Félix, que segun me refirieron despues fué asesinado cuando trataba de escapar por el rumbo de Puerto Angel.

El gobierno se habia preparado muy bien para caer sobre Oaxaca, con objeto de dar en la cabeza á la revolución y le fué fácil, por el cúmulo de circunstancias que le favorecieron, réalizar su plan acertadamente.

Indudablemente que el ministro de la guerra D. Ignacio Mejía fué hábil para poner en juego los po-

derosos elementos del gobierno, pero indudablemente tambien que el viento de la desgracia estuvo soplando sin descanso en la frente de los revolucionarios.

No solamente eran los mas pocos, sino los menos protegidos por el ángel de la victoria que sin interrupcion les estuvo volviendo la espalda.

Aquel huracan deshecho que acabó con los elementos de Oaxaca y de todo el lado oriental de la República, hizo que el general Gonzalez, como he dicho antes, apareciera repentinamente en Tepic.

Estuvo en mi compañía solo el tiempo necesario para tomar descanso y en seguida, lleno de brio y de esperanzas, se puso en camino por la sierra con direccion á Chihuahua para ir á reunirse con los primeros revolucionarios que encontrara dispuestos á entrar en combate. El viaje que emprendia era tan incierto como dilatado y contaba para hacerlo con pocos elementos; pero su temple de alma no le permitia ni vacilar siquiera sobre su resolucion y una vez formada ésta se despidió de mí y de algunos otros amigos que allí nos encontrábamos y tomó el rumbo de Santiago por donde tendria que dirigirse al Norte atravesando una gran cordillera de montañas por en medio del enemigo. El paso era arriesgado, pero prefirió darlo á estar perdiendo el tiempo sin iniciativa alguna en la capital del Nayarit.

Apenas llevaba tres dias de haberse puesto en camino el general Gonzalez, seguido de su compañero el Sr. Perez Castro, cuando una tarde casi al oscure

cer en momentos en que esperaba en el corredor sentado en una silla á las inmediaciones de mi cuarto como todos los días, que el criado apareciera con el cencerro dando la señal de la mesa redonda, se me presentó un hombre alto, de sombrero jarano, de pantalones de piel de venado y blusa azul, el cual me dijo que allí abajo estaba una persona que deseaba hablarme.

Estar uno en Tepic y ser así llamado tan misteriosamente por un desconocido, no dejaba de tener sus be-moles: allí teníamos tantos amigos como enemigos, aunque en una tierra en que la primera autoridad de hecho estaba de nuestra parte, lo cual no impedía que se nos pudiera tender una celada y lo cual no impidió ciertamente que algunos de los nuestros fueran asesinados; como yo tenía mis relaciones con los hombres de la sierra y D. Plácido Vega era muy dado al misterio, me figuré que eran cosas suyas y no tuve toda la desconfianza que hubiera podido tener en otras circunstancias, así es que solo pregunté á aquel que tenía todas las trazas de un mozo de hacienda:

—¿Qué persona es esa que desea hablarme?

—Un amigo de Vd.

—¿En donde está?

—Allí abajo: en la esquina de la plaza.

—¿Ahora mismo lo podemos ver allí?

—Sí Señor, desde aquí puede verse.

Y me mostró el bulto de un hombre medio envuelto con una bufanda en la esquina de la plaza que estaba á nuestro frente y sobre la cual dan los corredores altos del hotel.

—Bien, vamos, le dije, porque ya no tardan en llamarnos á comer y es mejor concluir esto antes.

Bajamos los escalones de la escalera y salimos á la plaza. El desconocido me tendió los brazos y, aunque no lo había visto mas que una sola vez antes de ahora, su voz me pareció muy mi conocida y casi instintivamente exclamé abrazándole con efusión:

—¡General!

—Silencio! me dijo, tal vez no conviene llamar la atención: vamos alejándonos de aquí.

—Sí sí; pero déjeme Vd. abrazarle otra vez.

Dió instrucciones á su compañero y yendo por delante le seguimos nosotros hasta llegar al meson en que habían tomado alojamiento.

Entonces me refirió el general que aquel era el dueño de una hacienda que estaba en el canton de Mascota, Estado de Jalisco, el cual bondadosamente se había prestado á acompañarle hasta ponerlo en lugar seguro.

Oír las aventuras que me contó en seguida el general y las cuales le acababan de pasar en un mes desde que hiciera su desembarque en el puerto del Manzanillo, fué asunto no solo entretenido para mí sino del mayor interes, y por lo cual no volvi á acordarme ni de la cena que en aquellos momentos debía estarse sirviendo en el hotel. El general se había visto mas de cincuenta veces á punto de caer en poder del enemigo y su fortuna principal consistió en ser tan poco conocido en Jalisco, pues de esa manera pudo disfrazarse de arriero y pasar de incógnito por todas par-

tes. Hubo momentos en que creyó que el gobierno general le seguía los pasos desde que había llegado al país porque en todas partes se encontraba tropiezos como si de intento se hubieran puesto á su paso.

El lector preguntará causado de toda esta digresion:

—¿Y cual era ese general digno de tantas atenciones que llegaba en esos momentos á Tepic?

—Pues ese general, le contestaré yo, era nada menos que el general Porfirio Diaz

Acompañado del general D. Pedro Galvan habia hecho su desembarque en el puerto del Manzanillo, viniéndose de los Estados Unidos para Panamá, y acababan de atravesar por Colima y Jalisco encontrándose cordial acogida en todas las casas de los simpatizadores de la revolucion en donde habian creido conveniente darse á conocer.

El general Galvan se habia quedado organizando elementos de guerra en Cocula, Ahualulco y demas pueblos en donde tenia relaciones y simpatías, y el caudillo de la revolucion habia juzgado por conveniente buscar un teatro mas amplio para dar desarrollo á su genio militar. Al poner los piés en el territorio mexicano no tenia conocimiento aun del fracaso de la Bufo y contaba con encontrarse un buen cuerpo de ejército organizado en el interior, ya al mando de Donato Guerra y Treviño ó de Pedro Martínez; pero al recibir noticias de aquella fatal jornada, se veia precisado á cambiar de plan buscando el núcleo de fuerzas que apareciera mas fuerte para seguir combatien-

do por la mas popular de las causas. Él, como todos nosotros, estaba persuadido, principalmente despues de haber atravesado por los pueblos de Jalisco, que la revolucion estaba nada mas un poco sofocada en su primer impulso, sin que pudiera considerarse vencida. Si el gobierno habia alcanzado los primeros triunfos merced á sus buenos elementos, que habia cuidado de organizar perfectamente, tambien habia sufrido descalabros y sus mismas victorias le habian ocasionado pérdidas de consideracion. En la misma batalla de la Bufo que fué una de sus victorias mas espléndidas, no tuvo tropas de caballeria que destacar en persecucion nuestra, y segun dije antes, si la plaza de Zacatecas hubiera sido atacada en seguida por 200 hombres, la derrota de la fuerza federal entregada despues del triunfo á los mayores excesos, hubiera sido infalible. Y no solo por esa circunstancia sino porque en el ataque se habian aclarado sus filas por las muertes y la dispersion. Ya ni los recursos ni el ejército se encontraban lo mismo que en los momentos de empezar la lucha.

A continuacion que el general me hubo referido todos los accidentes de su viaje, á consecuencia de la pérdida de Oaxaca, y de las insignificantes fuerzas con que logró defenderse por algunos dias de la persecucion incesante que le hicieron dos fuertes divisiones mandadas por los generales Alatorre y Rocha, se informó de las personas que se encontraban en Tepic.

Despues de darle cuenta de lo que á nosotros nos habia pasado y de espresarle los nombres de los ofi-

ciales mas importantes que allí se encontraban, agregué:

—Tambien está aquí el general D. Plácido Vega.

—Aquí en Tepic?

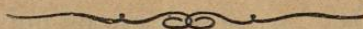
—Vive con Lozada, pero en estos momentos se halla en la ciudad. ¿Quiere Vd. verlo?

Despues de vacilar un segundo, me contestó:

—Sí.

—En ese caso voy á llamarlo.

Entonces sali en busca de Vega, el cual me abrazó alborozado luego que le comuniqué la noticia de que se encontraba con nosotros el caudillo de la revolucion.



CAPITULO XXXII.

EL CEBORUCO.

El general Diaz y el general Vega se comprendieron bien desde la primera conferencia, y no obstante los recelos que abrigaba el primero para con Lozada, en quien no podia confiarse, de un modo absoluto, convino en hacerle una visita para llegar á un acuerdo, si esto era posible, en el porvenir. Si de pronto no facilitaba sus elementos, por lo menos siempre convenia que se establecieran algunas bases para mas adelante. ¿Cómo habia de ser posible que subsistiera ante ningun gobierno el cacicazgo de Lozada que no obedecia leyes ni reconocia superior, exhibiendo el hecho único en el mundo de encontrarse organizado una especie de imperio dentro de una República? ¿No era conveniente entenderse en un punto de tanta importancia con el señor de aquellas tierras? Tanto él como Vega tenian el propósito de proclamar